



griegos. Los cercados, con la esperanza del socorro que les venia á buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto que el rey Carlos fué forzado de alzar el cerco de Mecina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, dar la vuelta á Italia. Fué éste para los aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuetos con que más se irritaron las voluntades, hasta llegar á declararse la guerra por ambas las partes. El aragones esperaba nuevo ejército de España, el rey Carlos de la Proenza y de Marsella: todo les era á los aragoneses llano en Sicilia, á los franceses dificultoso. Los reales destos puestos junto al estrecho de Mecina á la vista de Sicilia: los soldados aragoneses repartidos en muchas partes y enviados á las ciudades para más asegurallas y defendellas: el rey D. Pedro, con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy léjos, acordó de valerse de ardid y maña.

Era el rey Carlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragon á desafiar con un rey de armas; que si confiaba en sus fuerzas y valor, saliese á hacer campo con él; perdonasen á tantos inocentes como de fuerza morirían en aquella demanda; que por quien quedase el campo fuese señor de todo lo demas y cesaria la causa de la guerra que tenían entre manos. Así lo cuentan los historiadores franceses. Los aragoneses, al contrario, afirman que primero fué desafiado el rey D. Pedro del frances, y que el mensajero fué Simon Leontino, de la orden de los Predicadores; lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haria el campo; al fin se escogió Bordeaux, cabeza de la provincia de Guiena en Francia, que pareció á propósito por estar entónces en poder de Eduardo, rey de Inglaterra; señalóse el día de la pelea, y juraron las condiciones de una parte y otra.

El Padre Santo, como supiese todas estas cosas y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragon dejase aquella empresa; que no

perturbase la paz pública con desenfrenada ambicion. Finalmente, porque no quiso obedecer, á los nueve dias del mes de Noviembre le declaró por descomulgado; en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Inglaterra le envió á mandar con palabras muy graves que no diese campo á los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza, por mandado de su marido, se fué á Sicilia por ser la señora natural, y porque con la ausencia del rey no se mudasen los sicilianos. Llegó á Mecina á veintidos dias del mes de Abril del año del Señor de mil y doscientos y ochenta y tres. Acompañóla D. Jaime su hijo, á quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafio. El rey Carlos pasó en Francia, do tenía cierta la ayuda y favor de su gente, y las voluntades aficionadas. El rey D. Pedro con su armada pasó en España.

Á primero de Junio, que era el dia aplazado para la batalla, el rey D. Carlos, con el escuadron de sus caballeros, se presentó en Bordeaux. El rey D. Pedro no pareció. Los escritores franceses atribuyen este hecho á cobardía, y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragon en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le excusan; dicen que fué avisado el rey D. Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los franceses; que le tenían armada una zalagarda, y que el rey de Francia venia con grande ejército, por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habian de combatir contra todo el poder de Francia. Á la verdad, los franceses más cercano tenían el socorro que los aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragon entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano á la suya en señal que era venido al tiempo señalado, y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó á Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo ménos materia á muchos discursos, opiniones y dichos; ocasion y aparejo para nuevas guerras y largas.



Luégo que el rey de Aragon volvió á su tierra, trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas: la una era echar á D. Juan Nuñez de Lara de Albarracin, á causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corria libremente las fronteras de Aragon; la otra apaciguar los señores aragoneses y catalanes, que en tiempo tan trabajoso, en que tenían entre manos tantas guerras con los forasteros, y tan fuera de sazón, andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del rey casi como si fueran esclavos; que no se tenía cuenta con sus leyes, ántes les quebrantaban todos sus fueros y libertad; finalmente, que los desafioraba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir á estas revueltas se juntaron córtés, primero en Tarazona, despues en Zaragoza, y últimamente en Barcelona: ofreció el rey de enmendar los daños y desórdenes pasados, y expedir en esta razon nuevas provisiones, con que la gente se apaciguó. Fuéronle muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenía en el pecho, y que no procedian tanto de voluntad quanto del aprieto en que el rey se hallaba.

La guerra con los franceses, que era de tanta importancia, le tenía puesto en cuidado, y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia no se alborotasen en Aragon sus vasallos, le hizo ablandar. Demas desto la excomunion que contra él fulminó el papa, como poco ántes se dijo, le tenía muy congojado, y más en particular una nueva sentencia que en veintuno del mes de Marzo pronunció en Civitavieja, en que, como inobediente á sus mandamientos, le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista dellos á Carlos de Valoes, hijo menor del rey de Francia; rigor que á muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia, pues los mismos sicilianos, puestos en aquel aprieto, le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demas que le pertenecia el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenía por su parte del Pontífice Nicolao III, que se allegaba á lo demas.

Si los negocios de Aragon andaban apretados, en Castilla no tenían mejor término por las alteraciones que prevalecian entre el rey don Alonso y su hijo. La mayor parte seguia á don Sancho: D. Alonso, por verse desamparado de los suyos, acudia á socorros extraños: segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dió á entender que era contra el rey de Granada, que favorecia á sus contrarios y tenía hecha liga con D. Sancho. Esta empresa no fué de efecto memorable, á causa que los africanos hallaron á los contrarios más aperecidos de lo que pensaban; y el rey de Granada, con tener puesta guarnicion en sus ciudades y plazas, huia de encontrarse con el enemigo, y no queria ponerlo todo al trance de una batalla: con tanto el de Marruecos dió la vuelta para África. El rey D. Alonso, ya que esta traza no le salió como pensaba, acudió á otra diferente: solicitó al frances para que le acudiese contra su hijo; demas desto procuró ayudarse de la sombra de religion y cristiandad: fué así que por sus embajadores acusó á D. Sancho delante el pontífice Martino IV de impío, desobediente é ingrato, y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real, sin querer esperar los pocos años que le podian quedar de vida, por su mucha ambicion y deseo de reinar.

Dió oidos el pontífice á estas quejas. Expidió su bula en que descomulgó todos aquellos que contra el rey D. Alonso siguiesen á su hijo D. Sancho. Nombro jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguian pusieron entredicho, como se acostumbra entre los cristianos; de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragon y Castilla estuvo puesto entredicho y tuvieron los templos cerrados; cosa que dió gran pesadumbre á los naturales, y todavía se pasó en esto adelante sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte á los jueces y comisarios del papa, si los hubiese á las manos. Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras, fué causa que muchos se apartaron de D. Sancho; entre los primeros sus hermanos D. Pedro y D. Juan, conforme á la inclinacion natural comenzaron á condolerse de su padre.



Entendió esto D. Sancho; entretuvo á D. Pedro con promesa de darle el reino de Murcia; don Juan, dado que dió muestras de estar mudado de voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fué á Sevilla do su padre estaba. Muchos pueblos, arrepentidos de la poca lealtad que á su rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdon, y salir de la descomunión en que los enlazaron; y luégo que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Ágreda y Treviño, y muchos caballeros principales, como D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Alonso de Haro, y el infante D. Diego se juntaron con el campo de Philipo, rey de Francia, que venia en ayuda del rey D. Alonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta Toledo sin hallar resistencia.

Tenia el rey Philipo un hijo llamado tambien Philipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año (otros dicen el siguiente) casó con la reina de Navarra, Doña Juana, y por este casamiento en dote hubo aquel reino. Este príncipe, conforme al desordenado apetito de los hombres, comenzó á alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por él pretendia ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias de los nuestros. D. Sancho, quanto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudia á todas partes con diligencia: sosegó la ciudad de Toro que se le queria rebelar, salió al encuentro á D. Juan Nuñez de Lara, que con su gente y un escuadron de Navarra destruia los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos: hizole retirar á Albarracin más que de paso. Despues desto, por embajadores que en esta razon se enviaron, se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes.

Con esta resolucion el rey D. Alonso fué á Constantina, D. Sancho á Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenían que por medio de esta habla se podria todo apaciguar, ca muchas veces despues de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que D. Sancho, fuera de usurpar el reino, en lo demas se mostraba

muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre, sin jamas usar de denuestos ó desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente á bien, lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de D. Sancho, que tenían mala voluntad á su padre. Pusieronle muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase. La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república, muchos pretendian sacar para sí provecho; que fué causa que sin verse ni hablarse, se partieron el rey don Alonso para Sevilla, y D. Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz, reina de Portugal, viuda á la sazón, y doña María, mujer de D. Sancho, en Toro, en que á la sazón parió una hija que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias: pusieron todo su esfuerzo en ello, mas no pudieron efectuar cosa alguna, ántes cada dia se enconaban más los odios y enemistades, y se aumentaba el afan y miseria del reino.

En este estado se hallaban las cosas, quando al rey D. Alonso poco despues desto sobrevino la muerte, que fué algun alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recibidos los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía como se acostumbra, quién dice á cinco, quién á veintiu dias del mes de Abril, á lo ménos fué el año mil doscientos ochenta y cuatro. Por su testamento, que otorgó el mes de Noviembre próximo pasado, nombró por heredero del reino, primero á D. Alonso y luégo á D. Fernando, sus nietos: caso que los dos muriesen sin sucesion, llama á Felipe, rey de Francia, ca traia origen de los antiguos reyes de Castilla, como nieto que era de la reina doña Blanca, y bisnieto del rey D. Alonso de las Navas. De sus hijos y hermanos no hizo mencion alguna por odio de don Sancho; ántes por aquel testamento pretendia mover contra él las fuerzas de Francia. Verdad es que á la hora de su muerte á instancia de su hijo el infante D. Juan le mandó á Sevilla y á Badajoz, y al infante D. Diego el reino de Murcia, á ambos con nombres de reyes, pero como á feudatarios y movientes de los reyes de Castilla.



Su corazon mandó se enterrase en el monte Calvario, movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla ó en Murcia: no se cumplió su voluntad enteramente: el corazon y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el cuerpo está enterrado en Sevilla, cerca del túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico, ni era necesario, porque su vida (si bien tuvo faltas) y las cosas que por él pasaron, merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hobiera aprendido á saber para sí; y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos, y no hobiera amancillado las dotes excelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó. Él fué el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos y instrumentos todos se celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua que era grosera, se puliese y enriqueciese: con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana. Así desdeaquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como ántes se solia usar: ocasion de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nacion, asi bien eclesiásticos como seglares.

Por la muerte del rey D. Alonso, si bien el derecho de su hijo D. Sancho era dudoso, sin contradiccion sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba á la sazón en Ávila apenas convalecido de una dolencia que poco ántes tuvo en Salamanca, tan peligrosa, que casi le desafiaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entónces se habia abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte que le dieron, le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas hasta entónces más dichosas que honrosas; y es así que por la mayor parte los títulos magníficos más se granjean por favor de la fortuna que por virtud: la honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y ape-

llidos, sino en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto y de industria singular en cualquier cosa á que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos dias. Su memoria quedó amancillada por la manera como trató á su padre: quanto á los demas, se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Ávila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente.

En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en púrpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venian á porfia á saludar al nuevo rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad: quanto más fingido era lo que hacian algunos, tanto mostraban más alegría y contento en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho, con una profunda disimulacion, pasaba por todo, si bien tenia propósito de deramar la ira concebida en su ánimo, y vengarse luégo que hobiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel, hija del nueva rey, de edad de dos años, fué declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varon. Esta prevencion se enderezaba contra los Cerdas, de quien algunos decian públicamente, y muchos eran de este parecer, que se les hacia notable injuria y agravio en despojarlos del reino de su abuelo: muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos.

El mayor cuidado que tenía D. Sancho era de granjear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragon, en cuyo poder los infantes quedaron; y á la sazón trataba de ir á cercar y apoderarse de Albarracin, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada dia le daba D. Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenia cierto de los navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente, y que acostumbraba vivir de ra-



piña y cabalgadas, con que tenía trabajadas las fronteras de Castilla y Aragon. Ésta convidó al nuevo rey D. Sancho, ya que él no podía ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, á enviar un buen escuadron en ayuda del rey de Aragon y contra el comun enemigo. Hecho esto, él se dió prisa á ir á Sevilla, á causa que su hermano D. Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad, conforme á lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenía el infante sus valedores y aliados: los ciudadanos no venian en ello, y claramente decian que aquella cláusula del testamento de rey D. Alonso en ninguna manera se debía cumplir. Ayudábanse, y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del infante para muestra que no tenía á la sazón su entero juicio; que no era justo oscurecer la majestad del reino con quitarle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba á los ciudadanos que ya se aprestaban para tomar las armas, Alvar Nuñez de Lara, como cabeza de los demas. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey D. Sancho, que hizo desistir á su hermano.

Llegaron á aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad, mas fuera de sazón é imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que resultó ocasion á los moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. D. Sancho, para hacelles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, ó porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra á los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los ginoveses muy poderosos en el mar, y diestros y experimentados en el arte de navegar; llamó, pues, desde Génova y convidó con grandes ofertas á Benito Zacharias para que viniese á servirle. Hizolo así, y trajo consigo doce galeras. Nombróle el rey por su almirante, el cual oficio le dió por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del Puerto de Santa María, con cargo de traer á su costa una galera armada y sustentada perpétuamente. Juntáronse córtés en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios á causa de

las revueltas pasadas andaba muy estragado. Demas desto, en estas córtés se revocaron los decretos y ordenanzas, que por la necesidad y revuelta de los tiempos más se habían violentamente alcanzado que graciosamente concedido, así por el rey D. Alonso como por el mismo D. Sancho. Despedidas las córtés, se apresuró para ir á Castilla por tener nueva que todavía algunos pretendian defender el bando contrario, y que trataban entre sí secretamente de restituir la corona á los hermanos Cerdas: pretensiones que todas se desbarataron con la venida de D. Sancho; parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas; con cuyo ejemplo y castigo los demas quedaron escarmentados para no continuar en porfias semejantes.

Esto pasaba en España. En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los aragoneses en el reino de Sicilia, despues que venció junto á Malta veinte galeras francesas, muerto el general, por nombre Guillelmo Cornuto, frances de nacion, en la batalla que se dió á ocho de Junio, como diese la vuelta hácia Nápoles, presentó la batalla á Cárlos llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Cárlos, que halló apercebido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada á vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corria, y en particular el legado del papa, que iba en su compañía; mas él, con el brío de su edad, se resolvió de pelear con el enemigo: acuerdo perjudicial. Fué muy bravo el combate: en fin, el frances quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte no concuerdan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinion más ordinaria es que las galeras aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo más cierto, que se dió la batalla á veintitres de Junio.

Ejecutaron la victoria los aragoneses; ganaron muchas plazas en Italia: todo se les allanaba como á vencedores; á los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor, que el rey Cárlos tres dias despues de la pelea surgió en el puerto de Gae-



ta con veinte galeras que traia de la Proenza. Allí supo que á su hijo, llevado á Sicilia, condenaron á muerte los sicilianos en la ciudad de Mecina, do lo tenían preso, con intento de vengar la muerte que los franceses dieron los años pasados á Corradino, preso despues que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al rey, como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan, la muerte á lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fué parte para que los del pueblo, con el odio mortal que tenían á la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen á cuchillo otros sesenta compañeros que con el príncipe tenían presos.

Á la misma sazón el rey de Aragon, como si le faltara guerra con los extraños, tenía puesto cerco á la ciudad de Albarracin, y con todo su poder y diligencia la combatia. Ofrecianse grandes dificultades: las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerrojos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demas desto, los soldados que dentro la defendian, acostumbrados á trabajos y hambre, no enflaquecidos con alguna discordia, ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenían grande uso en la guerra por andar cada dia las armas en la mano, gran valor y osadía, eran doscientos hombres de á caballo, y buen número de infantes. Solamente tenían falta de mantenimientos: no se proveyeron ántes á causa que jamas pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos dias, y con el tiempo creció la falta. D. Juan Nuñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que queria ir á Navarra, do tenía cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen, ántes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que dellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenía determinado de huirse y no volver; su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo, le dejaron partir. Despues de su ida se sustentó la ciudad

algun tiempo hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo dia de San Miguel. Eran los soldados por la mayor parte franceses y navarros; dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad, así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenía el rey un hijo en doña Ines Zapata, que se llamaba D. Hernando, al cual ántes desto diera en el reino de Valencia á Algecira y á Liria; á éste hizo merced de la ciudad de Albarracin luégo que vino á su poder.

Con tanto se dió fin á esta empresa y á aquel estado y principado, que por muchos años estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los más nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y descendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodriguez de Azagra, el fundador que fué deste estado, siendo ya viejo, dejó por su heredero á Hernan Rodriguez de Azagra su hermano, por ventura por no tener él sucesion. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento (que se ha conservado hasta el dia de hoy), á veintidos de Junio, era de mil y doscientos y treinta y uno; por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legítimo en su mujer doña Teresa Ibañez, heredero de aquel estado, otro bastardo, que fué comendador de Santiago, el uno y el otro se llamó Pero Fernandez. He visto asimismo el testamento de este Pero Fernandez, señor de Albarracin, su fecha á dos de Abril, año del Señor de mil y doscientos y cuarenta y uno, asaz breve: dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legítimos: Pero Fernandez, Garci Fernandez, doña Teresa y D. Álvaro. Éste le sucedió en aquel estado, y tuvo una sola hija llamada doña Teresa, que casó con D. Juan Nuñez de Lara, hijo de D. Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragon. De D. Juan Nuñez de Lara y doña Teresa de Azagra nacieron D. Álvaro y don Juan; de ambos se tornará á hacer mencion adelante en su lugar.